

Pero los que salen peor parados en el libro que comentamos son los nobles, calificados de casta levantisca y mezquina que sólo tenía un objetivo: medrar políticamente a costa de una monarquía debilitada. «Ensimismada en su orgullo de casta –dice el autor–, sólo le importa saquear el espacio regio con sus pretensiones particulares».

La monarquía del último Austria aparece como una nave desarbolada que su rey, Carlos II, es incapaz de pilotar. Momentos difíciles, casi terribles, en los que todo apunta al desmoronamiento y la ruina total. Nadie en Europa ponía en duda que aquella monarquía era un enorme gigante caído y derrotado; monarquía de reinos y señoríos que no había podido resistir los vientos de un sinfín de calamidades. Así nos lo cuenta, con gran lujo de detalles y más que suficiente rigor, el historiador Jaime Contreras.

### Isabel de Armas

**Historia natural, Libros VII-XI, Plinio el Viejo, traducción y notas de E. Del Barrio Sanz, I. García Arribas, A. Moure Casas, L. A. Hernández Miguel, M<sup>a</sup>. L. Arribas Hernández, Gredos, Madrid, 2003.**

Tercer volumen de los publicados por la editorial Gredos de esta

obra singular del escritor romano Plinio el Viejo (23 ó 24-79 d. C.). Biógrafo del autor trágico Pomponio Secundo, pasó más de una década en el servicio militar, sobre todo con los ejércitos del Rin y compartiendo la milicia con que el que más tarde sería emperador, Tito. Abogado el en foro, fue procurador en la Galia, África e Hispania. Fue un escritor crítico con su época y poco afecto al mundo griego. Su sobrino Plinio el Joven nos ha dejado un magnífico testimonio de la curiosidad científica de su tío al acercarse por mar para contemplar el estallido del Vesubio, el 24 de agosto del 79, pereciendo asfixiado, tras dictar sus observaciones. Pero su curiosidad no estuvo dirigida sólo al mundo natural sino también a la historia y a las letras: fue autor de numerosos libros dedicados a las guerras de Roma, a la oratoria, la historia y la gramática. Su *Historia natural* consta de treinta y siete libros que tratan de etnología y geografía, fisiología humana, zoología, medicina, mineralogía, pintura y arquitectura. No es obra que hoy día pueda leer un lego sin confundirse, debido a los muchos errores y a lo tedioso a veces de las enumeraciones, pero ha sido fundamental para que los historiadores clásicos puedan, desbrozando la fantasía y la credulidad del saber, acceder a datos fundamentales sobre las artes, la ciencia y la civilización de su época.

**Cimbelino**, *William Shakespeare, introducción y traducción de Javier García Montes, Gredos, Madrid, 2003.*

En una nueva colección dedicada a los clásicos universales, no podía faltar al menos una obra de Shakespeare; pero quizás la elección de *Cimbelino* podría suscitar alguna polémica, porque a pesar de tratarse de una obra de la madurez del autor, quizás sea una de las más confusas, contradictorias y torpes, a pesar de contener algunos pasajes poéticamente memorables. Además, alguna línea, fue retomada por Eliot en *La tierra baldía*, poema rico en citas, como es sabido. Uno de los momentos inolvidables es el planto de Guiderio, que comienza así: «Ya no temas del sol los ardores / ni del invierno la cólera aciaga», continuado por Arvirago. El mismo Harold Bloom, que no es precisamente alguien que le quite al dramaturgo inglés su sal, afirmó que a pesar de que Hazlitt y Tennyson se enamoraron de Imogena, Samuel Johnson había tenido razón, al menos en parte, en sus reparos. Más que una obra de teatro se la ha considerado un poema dramático. Según el mismo Bloom, «Ninguna otra obra de Shakespeare, ni siquiera *Medida por medida* o *Timón de Atenas*, muestra al dramaturgo tan enajenado de su propio arte como *Cimbelino*». Otro estudioso de Shakespeare, John Wain, en un ya viejo libro afirmó que el asunto de esta

obra se acerca al centro de las preocupaciones últimas de su autor tanto como la forma se aleja. Pero Wain justifica las extrañezas de esta obra hablando de experimentación, vanguardia y del *Guernica* de Picasso; pero una frase le delata: «bajo la cobertura de las incongruencias y las imposibilidades, produce milagros en los detalles»; es decir, que no le gustaba la obra pero la escribió un poeta sin duda inspirado capaz de brillar incluso en sus peores momentos. En cuanto a la traducción, a diferencia del prólogo, está hecha con gran habilidad y esmero, algo de lo que Shakespeare está muy necesitado en español.

**Obras completas**, *Gonzalo de Berceo, edición y prólogo de Carlos Clavería y Jorge García López, Biblioteca Castro, Fundación José Antonio de Castro, Madrid, 2003.*

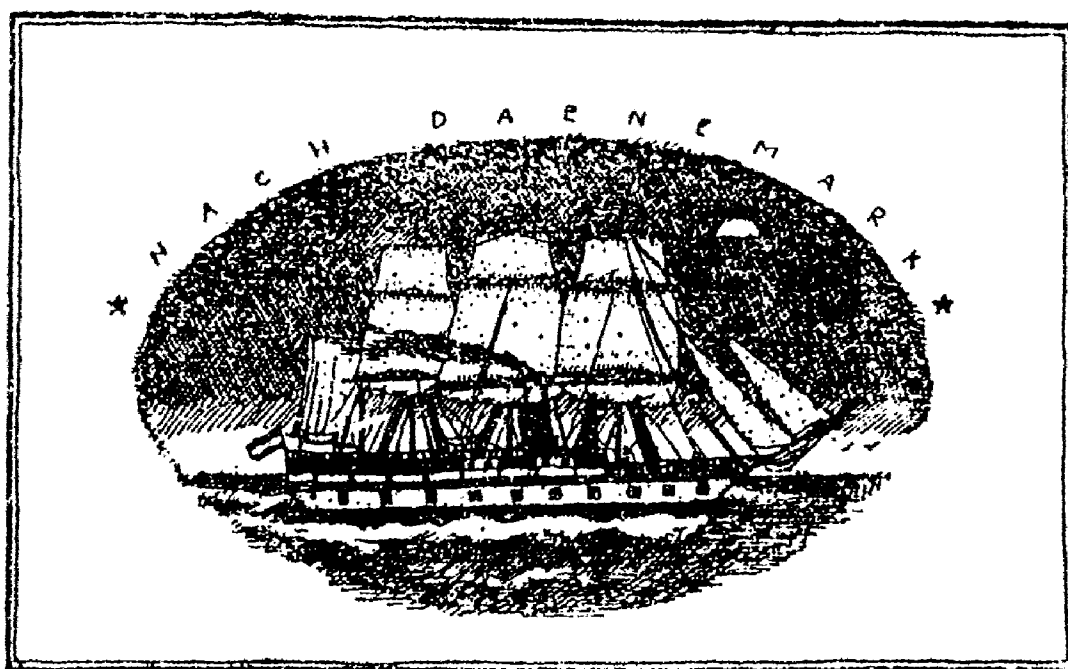
Esta edición de las obras de Gonzalo de Berceo (h. 1195 – d. 1264), con un claro y filológico prólogo a cargo de sus editores, que también nos dan detalles de la transmisión textual, pone en manos del lector el momento de mayor claridad y valor narrativo de lo que se entiende como *mester de clerecía*, cuyos antecedentes son el *Libro de Apolonio* y el *Libro de Alexandre*. Los autores de esta edición nos recuerdan que los tres centros de

interés de la obra de Berceo son la hagiografía, la mariología y la pedagogía, también de tipo religioso. Salvo alguna excepción, como la batalla de Simancas, en *Vida de San Millán*, sus temas son esencialmente de corte religioso.

Poco se sabe de su vida, que cabe suponer transcurrió de manera sencilla, ocupado en la composición de sus poemas y en la dedicación a las rutinas conventuales. Por lo demás, los pocos datos los encontramos en su obra misma. En cuanto a los asuntos de sus poemas, son temas que toma de la tradición cristiana y que vulgariza versificados. La importancia radica en el uso del verso narrativo, en la sencillez de su expresión y en su tono. Berceo no fue un mero vulgarizador de textos preexistentes porque añadió a éstos sus finas dotes de observador de la

vida cotidiana de su región, la actual Rioja. De esta forma dotó al dato conocido de una vitalidad que aún podemos percibir, más allá de la superchería o lejanía de la anécdota. Desde el siglo XIX, nuestros estudiosos han destacado el acento de realidad de este cantar de juglaría culta que se apoya, curiosamente, en el ritmo de la lengua hablada. Aunque es difícil decirlo de poemas construido en cuaderna vía, se puede hablar de naturalidad, como si las cosas y los hechos estuvieran aún —si alguna vez lo estuvieron— cerca de las palabras. Ese mencionado tono que recuerda una conversación a medias culta pero sin especial elaboración, es algo que la poesía moderna ha buscado con dificultad.

**Juan Malpartida**



## El fondo de la maleta

*Eduardo Mallea (1903-1982)*

En las décadas de 1930 y 1940, Eduardo Mallea era lo que hoy se suele denominar un escritor de culto. No concitaba grandes públicos pero tenía fama de grave y hondo meditador sobre el ser nacional argentino y hasta consiguió ser conocido fuera de su país, extremo infrecuente para un letrado sudamericano. Luego, su estrella perdió luminosidad y actualmente, más que a la literatura, pertenece a la historia de la literatura, como dice su contemporáneo Borges. Este mismo colega labró su lápida al opinar que Mallea escribía mejores títulos de libros que libros. Alberto Gerchunoff, más sardónico, solía decir, cada vez que se publicaba un nuevo texto de Mallea: «No se pudo evitar».

En las bibliotecas de la lectura, que lo son del olvido y la memoria, los vivos mueren y los muertos resucitan, como asegura Paul Valéry. La narrativa de Mallea, rica en abstracciones y derivas de ensayo, resulta poco atractiva para el gusto contemporáneo. Sus meditaciones sobre la argentinidad –*Historia de una pasión argentina, Cono-*

*cimiento y expresión de la Argentina, Meditación en la costa, La vida blanca*– abusan igualmente de elementos metafísicos y son pobres en historia concreta. Su antropología del hombre argentino, silencioso y hondo, sumido en su bahía de silencio junto al río inmóvil de la crisis histórica, poco y nada aporta a la dilucidación de los problemas que el tiempo ha acumulado en la sociedad argentina. Quizá sus textos menos deteriorados por los años sean sus relatos breves, reunidos en *Cuentos para una inglesa desesperada* y *La sala de espera*. En ellos pretendió menos y consiguió más.

Casos como el de Mallea invitan a pensar que la lectura literaria no es identificable con la historia de la literatura, cosa de investigadores y no de lectores. Sin duda, la vasta obra del escritor cuyo centenario se marca este año, tiene un valor documental acerca de cómo imaginaron un país ciertos intelectuales en determinada época. Así reducida en su alcance, dicha obra sigue ocupando un espacio en la vasta trama de la historia argentina.